

sabios de Egipto; veámos si serás tú mas afortunado. Parecíame que estaba á la orilla de un rio, y que subian del rio siete vacas hermosas en extremo y de gruesas carnes, las cuales despuntaban la verde yerba en los pastos de la laguna y he aquí que á éstas seguian otras siete vacas tan feas y flacas que nunca hé visto otras tales en la tierra de Egipto, las cuales, precipitándose sobre las primeras, las devoraron y consumieron en un instante.

José, inclinándose ante el rey, contestó:

—Dios es quien envía este sueño á Faraon. Las siete vacas gordas representan siete años de abundancia, durante los cuales se cosecharán en Egipto mas granos de los que se puedan consumir. Las siete vacas flacas anuncian que á estos años de abundancia se seguirán otros siete de una esterilidad espantosa. Solo hay un medio de evitar esta plaga, y es el de poner á la cabeza de los negocios un hombre hábil y discreto que ponga en reserva, en los graneros públicos, la quinta parte de los frutos de la tierra, durante los siete años de abundancia, á fin de que Egipto no se encuentre desprevenido cuando llegue la época del hambre.

A estas palabras el rey, lleno de asombro, quedóse mirando á los empleados que le rodeaban; tal era la sorpresa que le causaba encontrar tanta sabiduría en boca de un infeliz esclavo. En fin, dirigiéndose á José, le dijo:

—El mismo Dios te inspira; y no sé si habrá un hombre mas sabio que tú en toda la estension de mi reino. Desde hoy te elijo mi ministro, te hago gobernador de la tierra de Egipto, y quiero que te obedezcan mis vasallos como á mí mismo.

Entonces púsole Faraon un collar de oro al cuello y un precioso anillo en el dedo, y hé aquí, queridos niños, como el hijo de Jacob, vendido por sus hermanos, y encarcelado por su amo, se elevó repentinamente al primer empleo de un poderoso reino; fué porque no habiendo desconfiado de la Providencia, no le abandonó la Providencia.

COMO LOS HERMANOS DE JOSE VINIERON A EGIPTO, Y EL RECIBIMIENTO QUE LES HIZO.

Entre tanto realizóse el sueño de Faraon, y á los siete años de abundancia siguióse una esterilidad tal, que nadie se acordaba de haber visto cosa semejante. José lo habia previsto, y cuando los egipcios se quejaron del hambre, mandó que se abriesen los graneros que se habian henchido durante los años de ópima cosecha y les vendió trigo al precio que quiso. No tardó esta noticia en esparcirse por las comarcas circunveci-

nas; y como reinaba la escasez en todas partes, venian de muy lejos á Egipto á comprar trigo, lo cual fué sumamente benéfico para las arcas del rey. Tambien acudieron á Egipto los hermanos de José á quien no conocieron porque creian que habia muerto mucho tiempo hacia; empero conocióles José y resolvió no descubrirse desde luego. Hizoles, pues, comparecer ante su tribunal, y les habló con aspereza, como á estraños.

—¿ Quiénes sois? les preguntó con aspecto severo.

— Señor, somos hijos de un anciano que se llama Jacob.

—¿ De dónde habeis venido?

— Hemos venido de la tierra de Canaan á comprar lo necesario para el sustento, pues el hambre ha desolado nuestra comarca.

— No es así, repuso José; espías sois, á reconocer lo menos fuerte de la tierra habéis venido.

Ellos contestaron humildemente:

— Señor, la verdad hemos dicho. Eramos doce hermanos; el mas pequeño, que se llama Benjamin, está con Jacob nuestro padre; el otro no existe ya.

— Decís que teneis otro hermano menor, replicó José; pues bien, habré de saber si sois ó no impostores. Volveos á vuestra casa y traedme ese Benjamin que se quedó con el anciano. Entre tanto quedará uno de vosotros preso, si no volveis haré que muera.

Cayó la suerte en Simeon que fué puesto en la carcel y encadenado como un criminal. En cuanto á los demas, llenáronseles sus costales, y mandó José que á la boca de cada uno de éstos se pusiese el importe del trigo. Pusiéronse en camino llenos de congoja, y luego que volvieron á su casa, hicieron saber á Jacob el triste resultado de su viaje.

— ¡ Ay de mí! exclamó el desdichado anciano, vosotros sois causa de mis infortunios y tanto habeis hecho que dentro de poco ya no tendré hijos. Simeon está preso, y ademas es necesario que me desprenda de Benjamin; ¡ no! jamas consentiré en eso. No irá Benjamin á Egipto, porque si me separase de él seria para no volverle á ver nunca y de pesar me moriria.

No insistieron los hijos de Jacob, y habiéndose puesto á vaciar sus costales, cuál no fué su sorpresa al volver á encontrar la cantidad que consigo se habian llevado. Creyeron que aquello habia sido un error de los empleados del intendente, y se propusieron devolver aquel dinero tan luego como lo pudiesen.

En tal estado permanecieron las cosas por espacio de algun tiempo; pero continuaba el hambre, íbase concluyendo el trigo, y era necesario volver á Egipto. Judá, pues, dirigióse á Jacob y le dijo:

— Padre, ahí teneis que se está acabando el trigo, y vamos á carecer de él infaliblemente. El gobernador de Egipto nos dijo que no queria volvernos á ver sin Benjamin; ponedle en mis manos, y si no os le volviere á traer sano y salvo, seré reo de pecado contra vos en todo tiempo.

— Siendo así, contestó Jacob, ¡idos! tomad algunos de los productos raros de nuestra tierra y presentadlos al gobernador; no olvideis llevaros el dinero que se encontró en vuestros costales, no sea que se os acuse de haberlo robado; y supuesto que es menester, vaya Benjamin con vosotros.

El viaje fué feliz, y mas feliz aún el recibimiento que tuvieron. Esta vez dióles muy buena acogida José y mandó inmediatamente que se pudiese en libertad á Simeon.

— Por ventura, dijoles, ¿está bueno vuestro padre anciano de quien me hablasteis? ¿vive todavía?

— Y ellos respondieron: Bueno está vuestro siervo nuestro padre; aun vive.

— ¿Quién es ese jóven que percibo? ¿es vuestro hermano Benjamin?

— El mismo es, señor.

— ¡Dios tenga misericordia de tí, hijo mio! repuso José.

Pero no pudo proferir otra palabra; temblábale la voz de emocion, y sus lágrimas estaban á punto de descubrirle. Retiróse por algunos instantes á su aposento, y lloró; y habiéndose lavado el rostro para que no se echase de ver que habia llorado, volvió al aposento donde estaban reunidos sus hermanos. Llamó luego á su mayordomo y le dijo en voz baja:

— Quiero que se sirva una magnífica comida á esos hombres que ves. Mientras que comen llenarás sus costales, volverás á poner como antes lo hiciste, el precio del trigo en el fondo de cada uno de éstos, y ocultarás mi copa de oro en el del mas pequeño. Despues les dejarás irse, y cuando vayan en camino correrás tras ellos y les dirás: — ¿Por qué os habeis hurtado la copa de mi amo?

Púsose en ejecucion esta orden. Los once hijos de Jacob se regresaban alegres á su tierra, y habian salido ya de la ciudad, cuando observaron que se les seguia. En efecto, el mayordomo de José no tardó en alcanzarles.

— ¡Cómo! dijoles; ¡despues que se os ha recibido y alimentado bien, pagais á mi señor sus bondades hurtándole su copa!

— ¡Nosotros! exclamaron ellos indignados; ¿nos creéis capaces de maldad tamaña? Cualquiera de nosotros que la haya cometido, muera, y serémos esclavos de vuestro señor nosotros.

— Entonces, replicó el mayordomo, abramos los costales y véamos. En el costal de Benjamin encontróse la copa.

CAPITULO ULTIMO.

EN QUE LOS HERMANOS DE JOSE LE RECONOCEN Y TODO EL MUNDO ES VENTUROSO.

Al ver semejante descubrimiento se quedaron todos inmóviles. Hizoles volver vergonzosamente á la ciudad y condújoseles ante José.

— ¿Por qué, preguntóles éste, habeis querido portaros de esta manera? ¿ignorábais por ventura que yo podria descubrir fácilmente á los autores de ese robo?

— Nada tenemos que decir, contestó Judá consternado. Haced lo que gustéis, vuestros esclavos somos.

— Lejos esté de mí que yo tal haga, replicó José. Al delincuente solo se castigue, y en cuanto á vosotros volved á vuestro padre.

Pero Judá habiéndose adelantado un tanto, dijo:

— Señor, Benjamin es muy niño; nuestro anciano padre le ama con ternura, y si no le llevamos nuestro hermano, morirá de pena. Ruégoos pues, señor, que dejes ir á Benjamin y que me retengais en su lugar esclavo vuestro.

No podia ya dominar su emocion José. Inmediatamente mandó á los estraños que allí habia que se saliesen, y quedándose solo con sus hermanos, exclamó con voz que sofocaban los sollozos:

— ¡Yo soy José!.....

Arrebatados de asombro y sobrecojidos de temor, sus hermanos, prosternados delante de él, no se atrevian á poner en él los ojos; pero acercóse á ellos, y con grande amabilidad añadió.

— Yo soy José á quien en otro tiempo vendisteis; nada temais. La Providencia lo ha dispuesto todo. Volveos pronto á comunicar á mi padre que no he muerto, y conducidle á mi lado con vuestra familia.

En seguida abrazó á Benjamin llorando, y abrazó tambien á cada uno de ellos en particular y perdonóles.

Entretanto esparcióse en el palacio de Faraon el rumor de que habian venido los hermanos de José; súpolo el rey y dijo á su privado:

— Quiero que vuestro padre, vuestros hermanos, sus mugeres y sus hijos se domicilien en Egipto; dadles las mejores tierras de la comarca para que las cultiven y vivan dichosos y unidos.

No intentaré pintaros, amiguitos míos, el júbilo á que se entregó el anciano Jacob cuando supo que José, su queridísimo José vivia, y que to-

avía le podría abrazar antes de exhalar el postrer aliento. Prefiero que os lo imaginéis, vosotros que sabéis como ama un buen padre.

Nada de lo que se le dijera quiso creer á los principios ; pero cuando vió los carros que llegaban para llevarse á él y su familia, dijo :

— ¡ Iré . . . iré supuesto que he de ver á mi hijo .

José por su parte, salió á recibir á su padre, y cuando le percibió de lejos, bajó de su carro y corrió hácia él. Estuviéronse mucho tiempo abrazados y derramaron muchas lágrimas, de aquellas gratas lágrimas de ventura que á los corazones virtuosos tanto desahogo procuran.

Todavía vivió Jacob diez y siete años, y murió á la edad de ciento cuarenta y siete en medio de sus doce hijos á quienes dió su bendición. Olvidó José completamente el crimen que para con él habian cometido sus hermanos ; concedióles la tierra de Gesén, comarca fértil en pastos, y se hicieron gefes de numerosísimas familias.

Estas familias formaron el pueblo hebreo, que, perseguido por los sucesores de Faraon salió despues de Egipto bajo la direccion de Moisés.

LA PIPA TURCA.

En una hermosísima tarde del mes de Agosto de 1760, el precioso lugar de . . . situado á la márgen derecha del Rhin, presentaba un aspecto que no le era habitual. Aquel día era el de San Alberto, santo patrono del lugar á quien celebraban lo mejor posible los vecinos. Aunque todavía no hubiese el sol desaparecido del horizonte, habiase dado ya principio á las danzas ; numerosos grupos daban vueltas ya, bailando alegres vales en la plaza de la iglesia, al frente de la cual habianse colocado á la puerta de una especie de café, prolongadas mesas de madera á las cuales no quedaban en aquellos momentos mas que algunos viejos que, fumando sus pipas, conversaban de sus negocios. Mas lejos unas cuantas buenas ancianas cantaban en coro una leyenda en que se hacian alabanzas del santo. Por otro lado una turba de chicuelos, con tambor al frente recorría la aldea haciendo evoluciones militares. En fin, para complemento de aquella animada escena, el Rhin, que á poca distancia corría, veíase poblado de barcas que habian venido de las inmediaciones y que surcaban en todos sentidos sus aguas, algunas de las cuales de-

plegaban toda su celeridad para seguir un gran barco en que iba una orquesta que ejecutaba tocatas que se oían de lejos en las dos márgenes del río. Una de estas barcas, habiéndose separado de las otras, se llegó á la orilla, y de ella saltó ligeramente á tierra un jóven elegante en la presencia y en el traje, quien encargó al botelero que le esperase. Tomó el camino del lugar el desconocido, y cuando lo hubo casi atravesado detúvose en una encrucijada, en la cual se cruzaban varios diferentes senderos. Estaba en duda sobre cuál de aquellos caminos tomaría, cuando ocurrió que pasase á su inmediacion el pequeño ejército de niños de que tenemos hecha mencion, ejecutando medianamente bien las órdenes que daba el caudillo, que era un niño de unos diez años, cuya viva é inteligente fisonomía llamó la atencion del desconocido. Aproximóse, pues á él, y dándole amistosamente un golpecillo en el hombro, “ Chico, le dijo, ¿ quieres conducirme á la Casa Blanca que allí vemos ? A mi regreso te compraré un tambor y un hermoso sable .”

A tan seductivo ofrecimiento púsose el niño como una grana, tartamudeó algunas palabras contestando por la afirmativa, tomó, brincando, una de las veredas, é hizo señas al caminante de que le siguiese. Pero apenas hubo dado unos cuantos pasos, cuando se detuvo como vacilando.

— Vamos ; ¿ qué tienes ? preguntóle el extraño. ¿ Por qué no sigues ?

— Estoy pensando, señor, contestó Carl [así se llamaba este niño], en que se enojaria conmigo mi padrino, si supiese que me habia ausentado de pueblo sin decirle donde iba.

Entonces corre á decirle que me conduces á la Casa Blanca ; pero anda pronto.

No esperó el chico á que esto se le repitiera, y al cabo de cinco minutos estaba ya de vuelta, jadeando, pero muy alegre, porque su padrino, encargándole que se condujese con juicio, le habia permitido que sirviese de guía al desconocido.

Este tomó al niño de la mano, y ambos desaparecieron en breve de la vista del asombrado ejército que se dispersó luego que se encontró sin caudillo.

La ausencia del desconocido y de Carl no fué dilatada. A nadie habia encontrado de la Casa Blanca, y se les vió regresar al cabo de medio hora. Cumplió el jóven exactamente con su promesa de llevar al chico, cuya conversacion le habia divertido mucho durante su escursion, á quo escogiese él mismo un sable y un fusil en las varias tiendas ambulantes que se habian formado en la calle principal de la aldea, y despues de haberle llenado los bolsillos de bizcochos, lo abrazó y se despidió de él.

El jóven, habiéndose divertido algun tiempo en contemplar los grupos